



Pérdida de la Fe y Pérdida de la Familia

América “es cada vez menos y menos religiosa en su conjunto,” la respectiva Encuesta Pew sobre religión informó recientemente, “y está sucediendo en todos los ámbitos.” El número de adultos quienes se identifican como Cristianos continúa su largamente notada disminución: del 86% en 1990, al 76% en el 2008, del 71% en el 2014 -- una caída del 15% en el último cuarto de siglo, el 8% de ello en los últimos siete años.

Durante ese mismo período los llamados “ningunos” (las personas que no tienen afiliación religiosa) creció en un 8% y ahora constituyen el 23% de la población. (La participación Católica es el 21%.) Y con el pasar de los años los “ningunos” se hacen más seculares—es decir, aún menos religiosos. En el 2007 el 25% se identificaron como ateos o agnósticos; en el 2014, 31% lo hicieron.

Este alejamiento de la fe ocurre simultáneamente con la desintegración de la familia, y no por accidente. Los sociólogos nos quieren hacer creer que la disminución religiosa *precede* la disminución de la familia. Como dice Mary Eberstadt, “la gente *primero* pierde su Cristianidad, y *después* cambian sus hábitos de la formación de la familia.”

Pero la influencia fluye también a la inversa. Retiro deliberado al apoyo cultural para la familia tradicional fomenta y acelera el retiro de compromiso personal a la fe tradicional. En el religiosamente “neutral” estado secular la “igualdad” reemplaza la

“responsabilidad” como el estándar global para formar las expectativas para la vida familiar. La aceptación social de la anticoncepción y la convivencia, del divorcio fácil, de la redefinición del matrimonio--todos animan a los jóvenes a romper su conexión a la formación tradicional de la familia y dejar su Cristianismo atrás.

La opción es clara porque la fe Cristiana está indisolublemente prendida en la historia de la *familia* de principio a fin. El drama de la salvación cae en la fragilidad con Adán y Eva, se eleva en el camino de la redención con Abraham y Sara, se regocija con María en el nacimiento del Niño Jesús, y se goza con el Esposo en las bodas del Cordero.

En el mundo de la familia moderna, sin embargo, más y más personas tienen menos y menos experiencia personal de éstas bases bíblicas de fe. La confianza de Jesús en el amor de Su Padre será desconcertante para niños que crecen sin la guía de un progenitor masculino en el hogar. Y las personas que nunca han sostenido o cuidado a un bebé en este mundo del aborto legal no están dispuestas a ampliar la protección al niño en el vientre materno. La pérdida de la familia va de la mano con la pérdida de la fe.

Las estadísticas de la Encuesta Pew confirman la efectividad de estas presiones seculares, pero no toman en cuenta las características de la vida familiar que llevan a las personas *hacia* la iglesia, no lejos de ella—experimentando lo sagrado en el nacimiento de un niño, por ejemplo, o el sentir la necesidad de una comunidad moral para criar bien a los niños. Aquellos que se sienten atraídos por este tipo de atracciones a la vida familiar constituyen una multitud no medida por Pew en el 2014.

A veces una vista hacia atrás nos ayuda a mirar hacia adelante. ¿Qué tal si hubiera habido una Encuesta Pew sobre la religión Americana en 1798? Habria mostrado que los Católicos eran solamente un 3% de una población mayoritariamente protestante; y seguramente hubria proyectado un futuro de decadencia Católica. Nadie leyendo los resultados hubiera predicho que el siglo por venir vería la mayor expansión misionera en la historia de la Iglesia y que los Católicos serían los más numerosos Cristianos Americanos para el 2014. Pero eso es precisamente el futuro que llegó a ser.

La Encuesta Pew nos dice sobre tendencias. Como Católicos necesitamos buscar la verdad por debajo de las tendencias—la verdad que une a Dios, el matrimonio y la familia juntos. Porque es por vivir la verdad, no por seguir las tendencias, que somos liberados.